

La Psicología del Libertador

IV

LA "FUNCION SECUNDARIA"

Bajo el nombre de función —primaria o secundaria— designa Heymans la tercera línea estructural del carácter.

Los límites del tiempo sólo me permiten hacer unas breves alusiones a este tercer aspecto.

Recordaré, ante todo, el doble concepto, hoy tan en boga, de conciencia periférica y conciencia central.

La conciencia central abarca todo lo que actualmente se experimenta: representaciones, emociones. . . .

En la conciencia periférica, por el contrario, se atesoran las experiencias pasadas, que, sumergidas en las profundidades del inconsciente, no por eso dejan de influir en la vida actual.

Existen dos tipos caractereológicos: aquellos que viven en el presente: para quienes el pasado parece influye poco. Aquellos que viven del pasado, cuyo influjo, fúlgido o tenebroso, se proyecta de continuo en el presente. En los primeros, predomina la función primaria; en los segundos, la función secundaria.

Los primeros son comparables a la piedra que lanza el niño sobre una pista de automóvil: en cada una de las etapas que recorre, la piedra permanece inmutable.

Los segundos son en cambio semejantes a la bola de nieve que, desprendida de la alta cumbre se precipita en veloz carrera hacia el abismo: cada giro, cada salto, la enriquece de una nueva co-

rona de nieve: y así, esponjada de blanca, descansa en el valle.

La vida de aquel que está dotado de función secundaria predominante, es como la del viejo árbol frondoso: el triunfo de las flores que coronan su cima son el resultado de las ricas esencias que, allá, en la oscuridad virgen de la tierra, extraen pacientes las raíces. . . . Su vida no es incoherente. No se alimenta de improvisaciones fáciles. Tiene el poder de concebir un ideal y realizarlo, lenta pero tenazmente. Cuando esta función va acompañada, en el mismo sujeto, de la actividad, da como fruto una fina penetración psicológica, una gran capacidad de observación. . . . De esta función arrancan: la tenacidad, la presencia de ánimo, la superioridad de espíritu que, elevándose majestuosamente sobre los estrechos límites del presente, abarca y vive el panorama del pasado.

En solos dos rasgos, de los muchos derivados de esta función secundaria, me fijaré en el Libertador: su presencia de ánimo; el don de observación.

Aquí también el pormenor traiciona al héroe.

Un día el Libertador asiste con sus Edecanes y Estado Mayor a Misa. De pronto, un falso rumor se produce en la multitud: un terremoto. El miedo cunde. El populacho, despavorido, se precipita hacia las puertas. También participan del contagio los Edecanes del Libertador, quienes, en un primer movimiento,

instintivo, corren hacia la escalera del coro. ¿Qué hace entretanto el Libertador?

Inmóvil y... "quieto en su lugar. S. E. estuvo leyendo todo aquel tiempo, sin decir una palabra a nadie... Aquel acontecimiento singular, fué sin embargo de naturaleza a dar un primer movimiento de espanto al más valiente: el Libertador no se conmovió; quedó calmado y su serenidad nos dió a todos una especie de vergüenza, porque todos nos habíamos levantado para huir de la Iglesia, como los demás. S. E. vió en nuestros semblantes nuestra vergüenza, y ha tenido la delicadeza de no decir una sola palabra sobre dicho suceso, ni tampoco en tono de chanza... Este rasgo es característico; ayuda en hacer conocer al Libertador, y por lo mismo he debido relatarlo" (312).

A Peru de Lacroix no le falta razón: el hecho podrá parecer trivial, sin embargo, es revelador, por el hondo simbolismo que entraña.

En otras ocasiones, no será un falso rúmor, sino él "desencañarse simultáneo de una tempestad de envidias y vilezas, fuera; y de la honda inquietud, del profundo desengaño y aun de la implacable enfermedad, dentro. ¿Cuál será entonces la actitud de Bolívar? ¿Cuál su presencia de ánimo? Como la de aquel coloso —Farinata— que dividió Dante en el Infierno; el busto erguido, cruzados los brazos, en medio del tormento.

"Ed ei s'ergea col petto e colla fronte
Come avesse lo'inferno in gran dispittto"
(X,35)

Bolívar, no ciertamente insensible, se erguirá, como asta triunfadora, sobre el intranquilo fluctuar de la miseria humana...

Bolívar sabe juntar cualidades al parecer antitéticas: es fogoso y espontáneo, pero al mismo tiempo reflexivo y calculador. Improvisa fulmineo con la rapidez del genio; pero vive simultáneamente del tesoro de su experiencia de personas y cosas:

"...se conoce que ha sabido observar y aprovecharse de sus observaciones. A más de la viveza de su espíritu, del fuego de su imaginación, tiene un juicio pronto y recto; sabe comparar y bien apreciar las cosas, y posee el talento poco común, de saber aplicar sus comparaciones según los lugares, las circunstancias y los tiempos; sabe que

tal cosa es buena en sí, que es excelente, pero que no conviene por el momento; o es buena aquí y no allí. (230).

Profundo conocedor de la rica trama de la vida, Bolívar sabe distinguir, bajo la apariencia movediza, los verdaderos móviles que impulsan a los hombres. De ahí que sabe igualmente esperar, acomodarse a las circunstancias; de ahí su arte político:

"el arte de la política es el de precaver... y consiste en saber juzgar bien a los hombres y las cosas, en el conocimiento profundo del corazón y de los móviles o principales motivos de sus acciones: que él dijo muy raras veces se había equivocado en sus conceptos o juicios, pero que no había podido seguir siempre sus ideas"... (162).

Sobretudo, conocimiento de los caracteres: Bolívar es un magnífico "clasificador" de hombres. El Diario de Bucaramanga nos trasmite más de quince retratos, hechos por Bolívar, al calor de una fácil conversación. Maestro en el arte de la palabra, a veces le bastan dos pinceladas, para caracterizar un sujeto.

En los ragos que acentúa, en más de una ocasión se retrata inconscientemente a sí mismo. Si alaba las cualidades del joven edecán Wilson, "más diplomático, que militar", prefiere, sin embargo, el carácter de Ferguson, sin duda alguna por ser más semejante al suyo propio:

"Ferguson tiene un orgullo elevado y sostenido: todo en él, modales, conducta y pensamientos, son de un caballero. Su genio es algo duro, pero tiene el corazón excelente. Es militar de honor y valiente como un César. Es delicado en extremo y de una susceptibilidad tan cosquillosa que pone en cuidado al que lo conoce, y expone al que no le conoce aquel defecto. Es buen amigo, servicial y generoso aun con sus enemigos. Puede ponerse en él la mayor confianza, porque nadie más honrado, más leal y capaz de una consagración más entera: Tiene igualmente mucho amor a mi persona. Su educación no ha sido muy distinguida; pero ha sabido formarse una de imitación que engaña a muchos: no le faltan talentos y espíritus natural" (223).

Junto a este retrato, permitidme, señores, os cite otros dos, antes de concluir. El uno, de aquel hombre extraordinario que, por el brillo de su conducta, mereció el nombre de "inmaculado",

y por el valor invicto de su brazo, el de "Gran Mariscal de Ayacucho":

"Sucre, continuó S. E., es caballero en todo: es la cabeza mejor organizada de Colombia: es metódico y capaz de las más altas concepciones: es el mejor general de la República y el primer hombre de estado. Sus principios son excelentes y firmes; su moralidad es ejemplar, y tiene el alma grande y fuerte. Sabe persuadir y conducir a los hombres, los sabe juzgar, y si en política no es un defecto el juzgarlos peores que lo que son en realidad, el general Sucre tiene el defecto de manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de ellos. Otro defecto del general Sucre es el de querer mostrarse demasiado sencillo, demasiado popular, y no saber ocultar bien que en realidad no lo es. Pero, qué ligeras manchas sobre tantos méritos y tantas virtudes; no aparecen y para verlas es preciso un ojo bien observador. A todo esto añadiré, que el Gran Mariscal de Ayacucho es el valiente de los valientes; el leal de los leales, el amigo de las leyes y no del despotismo, el partidario del orden, el enemigo de la anarquía... (236).

El otro retrato es el del joven hermano de Don Diego, el teniente Andrés Ibarra.

"Aquel joven (se) parece en todo a su hermano el general Diego Ibarra; sólo (es) menos comunicativo, menos afable. No ha podido dar pruebas toda-

vía de su valor, pero lo juzgo bravo y muy valiente; estoy ya seguro de sus sentimientos de lealtad y se que sabe guardar un secreto: el tiempo le dará la experiencia que le falta y su talento hará que temprano se aproveche de ella: apostaré que será siempre un militar de honor, fiel a sus deberes y a la gloria: ojalá! el ejército colombiano tuviere en sus filas muchos oficiales con iguales sentimientos, igual educación y con las facultades mentales del joven Ibarra" (238).

No se trataba de un elogio inspirado por un simple afecto de familia: el tiempo se encargará de demostrar la veracidad de la predicción.

En ocasiones, la ironía de Bolívar es incisiva y recuerda la fuerza dantesca de expresión, en fustigar, con negros colores, la envidia o la ruindad.

Además, como la nota Peru de Lacroix, los retratos que hace Bolívar, se ajustan a la realidad:

"El Libertador tiene el talento el más fácil y el más crítico para hacer un retrato moral: sus pinceladas son rápidas, enérgicas y verdaderas. En pocas palabras hace conocer el individuo de quien se ocupa (244).

¿Qué extraño que un hombre que posea tal intuición de personas y cosas, se mostrase superior a su ambiente y lo dominase?

Carlos G. Plaza, S. J.